

nancias de su tráfico; no combatían por sí mismos, pagaban mercenarios. Nada había en aquellas guerras que elevase el espíritu ó el corazón. Roma también es aristocrática, y el Senado lleva al pueblo de una conquista en otra; pero las ideas de patria, de honor, de dominación ennoblecen las guerras de los Romanos. Cartago mereció ser castigada con el nombre de Bárbara. En vano conquistadores civilizadores prohibieron á los Cartagineses el inmolarse víctimas humanas; sus últimos descendientes practicaban todavía aquellos horribles sacrificios. Su derecho de gentes está en armonía con su genio sanguinario. Las guerras de Sicilia son espantosas por su crueldad: «Todo el comercio egoísta de Cartago, dice Herder, no vale las olas de sangre que ha hecho correr en la bella Sicilia» (1). ¿Hemos de recordar los generales crucificados? Jantipo, el vencedor de Régulo, asesinado? ¿la lúgubre isla de los Huesos? (2). ¿Qué contraste de generosidad entre los Romanos! Un cónsul, por su imprudente temeridad, puso á Roma á las puertas de su perdición; sin embargo, el Senado le recibió con honor, felicitándole de que no desesperase de la salvación de la patria. Se ha censurado á Roma, y no sin razón, la dureza con que trataba á sus aliados, y la tiranía que sus magistrados ejercían en las provincias. Pero la conducta de los Romanos parece casi humana cuando se la compara con la de los Cartagineses. El Senado quería, por política, que los aliados y las provincias fuesen gobernados con dulzura; la aristocracia mercantil de Cartago estimaba á sus gobernadores y magistrados según la opresión que hacían pesar sobre sus súbditos (3).

Como potencia comercial, la misión de Cartago era unir á los pueblos; pero en lugar de servir de lazo de unión entre las naciones, no procuró más que dividir las. ¿Cómo se ha de extrañar esto, sabiendo, por el testimonio unánime de los autores antiguos, que el oro era el único dios de los Cartagineses? Los Romanos no desdeñaban las riquezas, dice Polibio (4); pero no creían que todo medio de adquirirlas fuese legítimo; al paso que los Cartagineses

(1) HERDER., *Ideen*, XII, 4.

(2) Véase el tomo I de estos *Estudios*.

(3) POLYB., I, 72, 3.

(4) *IBID.*, VI, 56, 2-4.

creían lícito todo lo que era provechoso. En Roma se castigaba á los magistrados que compraban los sufragios; en Cartago se traficaba abiertamente con los honores. De ahí resultó que las clases elevadas no veían en la cosa pública más que un oficio y un comercio, y que las clases inferiores se envilecieron. De ahí la profunda desmoralización contra la que el grande Aníbal luchó inútilmente: «No somos sensibles á los males públicos, dice, mas que en cuanto tocan á nuestros intereses privados; y entre estos males no hay ninguno tan punzante para nosotros como la pérdida de nuestro dinero» (1). Roma, guerrera y conquistadora, ha hecho más por la unidad del género humano que Cartago comerciante. Los vencidos no eran ya enemigos para Roma; los asociaba á los destinos del vencedor. Así Cartago era una arma de división y Roma un principio de unión. Preguntáremos ahora, ¿qué hubiese sido del mundo si los Cartagineses hubiesen vencido á los Romanos? Cartago no podía vencer; su ruina era providencial.

### § III.—Roma y la Grecia.

#### N.º 1.—*Primeras relaciones de los Romanos y de los Griegos.*

Las primeras hostilidades de los dos pueblos que han jugado el mayor papel en el mundo antiguo, tuvieron algo de grande, algo de heroico. Había en el carácter de Pirro un reflejo del genio de Alejandro; sus contemporáneos creían hallar en él hasta una semejanza con el héroe macedónico y su irresistible impetuosidad en los combates (2). El rey de Epiro participaba de los sentimientos de los Griegos y de su desprecio hacia las naciones extranjeras; llegó á Italia lleno de desden hacia los Bárbaros que iba á combatir, pero su naturaleza generosa triunfó bien pronto sobre las preocupaciones nacionales. A su primer encuentro con los Romanos, habiendo considerado la disposición de su campo, dijo á uno de sus oficiales: «Megacles, hé ahí un orden de Bárbaros que

(1) LIV., XXX, 44.

(2) PLUTARCH., *Pyrrh.*, c. 8.

no es del todo bárbaro; por lo demás verémos como se portan.» La conducta de los Romanos durante el combate cambió el asombro de Pirro en admiración. En la inscripción de los trofeos, honró lo mismo á los vencidos que á los vencedores (1). Al visitar el campo de batalla, exclamó: «Si yo tuviese semejantes soldados el mundo sería mio.» ¿No parece que la Grecia, por el órgano de uno de sus más nobles hijos, reconocía el derecho de Roma al imperio del universo?

Pirro se mostró enemigo generoso y humano. Sin esperar la petición de los vencidos, como se acostumbraba en Grecia, hizo quemar y enterrar á los Romanos que habían sucumbido, lo mismo que á sus propios soldados. Ofreció el servicio á los prisioneros; ninguno lo aceptó. El vencedor no se irritó por esta negativa; y si hemos de creer á una versión acreditada, les dió libertad sin rescate. Fueron embajadores romanos á tratar del canje de los cautivos ó de su rescate. Hé aquí la bella respuesta que un poeta romano pone en boca del rey de Epiro: «Yo no pido oro, yo no quiero vuestro rescate. No hago la guerra como comerciante, sino como guerrero; el hierro y no el oro es lo que deseo ver en vuestras manos. Preguntemos al destino de las batallas á quién, á vosotros ó á mí ha reservado la fortuna el imperio. Y conservad bien estas palabras de Pirro: Yo respeto siempre la libertad de aquellos cuyos días ha respetado el hierro enemigo. Llevávoslos, yo os los entrego con el beneplácito de los dioses inmortales» (2).

Los Romanos, según el testimonio de sus historiadores, rivalizaron en grandeza de alma con el rey griego. ¿Quién no conoce la historia de Fabricio? Transcribiremos la carta que, según se dice,

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, 16.—OROS., IV, 1. C. DION. HAL., *Fragm.*, edic. Mai, XIX, 2.

(2) Este pasaje de ENNIO ha sido conservado por CICERON (*De Offic.*, I, 12). La tradición cantada por el poeta tiene á su favor la autoridad de TITO-LIVIO de DIONISIO DE HALICARNASO y de DION CASSIO. Según otra tradición referida por APPIANO (*De rebus Samnitic.*, X, 4; XI, 1) y seguida por NIEBUHR (t. III, p. 461, 462, 468, 469), PIRRO solamente dió á los prisioneros romanos permiso para volver á Roma con los embajadores para celebrar las Saturnales; pero antes de dejar la Italia, y para mostrarse reconocido al servicio que le había prestado Fabricio, envió á los prisioneros cargados de regalos.

escribieron los cónsules á Pirro (1); es compañera de las palabras que *Ennio* atribuye al rey de Epiro: «Los cónsules romanos al rey Pirro, salud. Animados siempre del mismo valor para conseguir la venganza de tus injurias, empleamos todo nuestro cuidado en hacerte la guerra..... Pero hemos decidido preservar tu vida de una traición que la amenaza; salvamos á nuestro enemigo, á fin de poder más tarde triunfar de él. Nicias, uno de tus amigos, ha venido á pedir que le paguemos un premio, mediante el cual se obliga á hacerte perecer secretamente. Nos hemos negado á oírle..... Te lo advertimos, á fin de que, si se atentase contra tu vida, no piense ningún pueblo que hemos preparado el crimen, y de que no se nos acuse de combatir á nuestros enemigos en la sombra, por medio de traición pagada ó del asesinato.»

*Niebuhr* manifiesta dudas acerca de esta tradición (2). Es difícil creer que sea una pura invención. Sin embargo, una cosa hay cierta, y es que el respeto de la justicia en las relaciones internacionales, suponiendo que haya existido alguna vez, había degenerado desde luego en una observancia supersticiosa de las formas. Los Romanos se hubieran creído culpables si hubiesen hecho la guerra sin declaración. Ahora bien, una de las costumbres consagradas era lanzar una flecha sobre el territorio enemigo. ¿Cómo llenar esta formalidad respecto de un rey griego? Se obligó á un tránsito epirota á comprar un campo que representó el Epiro, y en lo sucesivo todos los países enemigos (3). ¡Así, lanzando una flecha en Roma, sobre un campo romano, quedaba satisfecha la conciencia del pueblo rey! Hé aquí á lo que se reducía el derecho feodal, que ha causado la admiración de Bossuet.

La lucha de Pirro contra Roma no tiene importancia política. El émulo de Alejandro tenía, según se dice, proyectos tan gigantescos como los del vencedor de Asia. Por su genio era digno de concebir la elevada ambición de fundar una monarquía universal en el mundo Occidental; pero los pequeños medios de que Pirro disponía se encuentran en tan grande desproporción con el fin que

(1) GELL., *Noct. Attic.*, III, 8.—Plutarco trae la carta en otros términos (*Pyrrh.*, c. 21).

(2) NIEBUHR, t. III, p. 467 y 468.

(3) SERVIO, *ad Æneid.*, IX, 53.—*Real-Encyclopädie*, t. III, p. 469.

se proponía, que parece más bien un héroe de novela que un rival del pueblo rey. Rey sin reino, no podía contar más que con el apoyo de las Repúblicas de la Gran-Grecia y de Sicilia. ¿Esperaba vencer las fuertes poblaciones de Italia con los Tarentinos y Siracusanos? Alejandro continuó la guerra nacional de los Helenos contra los Bárbaros; su misión providencial era extender el helenismo por el Oriente. Aun cuando sucumbió en la flor de la edad, lo que había de realizarse en sus vastos proyectos no pereció con él; á pesar de las sangrientas divisiones de sus generales, la civilización griega se propagó hasta las extremidades del Asia. Pirro, por el contrario, no veía otro objeto en sus conquistas que pelear por pelear; así, á pesar de sus brillantes empresas, sobrevivió á su gloria, y vió la ineficacia de sus designios quiméricos. La guerra que hizo á los Romanos no tiene importancia más que como primera colisión de los dos pueblos que han sido un elemento imperecedero de la civilización.

¿Qué impresión produjo este encuentro en los Griegos y en los Romanos? Los Romanos se dejaron cautivar por la maravillosa cultura helénica, que encantará siempre á los hombres; pero jamás hicieron grande aprecio del carácter de sus maestros. Los Griegos, por el contrario, se sorprendieron de la gravedad y la dignidad de los Romanos. La admiración que inspiraron á Pirro en el campo de batalla, Cineas la experimentó asistiendo á sus consejos: «La ciudad, dice, es un templo y el Senado una asamblea de reyes» (1). La Grecia sufrió el ascendiente del genio austero de Roma. Esta superioridad era un presagio de la ruina de los Griegos, una vez que se entablase la lucha seriamente.

N.º 2.—*Estado de la Grecia en tiempos de la conquista romana.*  
*La Macedonia.*

La Grecia estaba en plena decadencia cuando la invasión de los Romanos. Los Atenienses «no admiraban ya al mundo más que por sus lisonjas á los reyes, y no se subía ya á la tribuna en que ha-

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, c. 19.—APPIAN., x, 3.

bia hablado Demóstenes más que para proponer los decretos más bajos y más escandalosos» (1). Quedaba todavía en Atenas el sentimiento de las artes, que ennoblecía hasta sus defectos. En Esparta la corrupción estaba al descubierto; era completamente grosera. En vano había conquistado Epaminondas la hegemonía para Tebas; la glotonería y la estupidez beocia habían vuelto á predominar. Los Aqueos habían tratado de fundar la unidad griega sobre el principio de asociación; pero los Helenos, divididos desde su nacimiento, eran fundamentalmente incapaces de realizar la unidad. La Grecia era el teatro de guerras permanentes; los habitantes no cultivaban ya sus campos ni celebraban los juegos, y casi olvidaban el culto de las divinidades (2).

La Grecia decayó tanto, que una tribu semibárbara, los Etolios, se atrevieron á concebir el designio de apoderarse de la hegemonía, que habían en vano ambicionado Esparta y Atenas. Vivían de rapiñas. Verdaderos piratas en tierra, consideraban como enemigos á todos los pueblos, y todo cuanto podían cogerles como buena presa (3). Devastaban las campiñas en plena paz, destruían las ciudades, saqueaban los templos (4). Pedíaseles una satisfacción, y contestaban con un insulto; ¿qué les importaban el derecho ni las costumbres consagradas? Creían permitido y lícito todo lo que podían hacer (5). Sus aliados estaban expuestos á su bandolerismo (6) lo mismo que sus enemigos. Estimaban á sus generales, dice *Polibio*, á proporción de las ruinas que hacían y del botín que conseguían (7). Los Etolios tenían una ley que los caracteriza perfectamente: les permitía coger *los despojos de los despojos*, es decir, robar, aún en las guerras en que permanecían extraños, á las naciones beligerantes, aunque fuesen amigas. Cuando se les decía que renunciaban á esta costumbre salvaje, respon-

(1) MONTESQUIEU (*Grandeza y decadencia de los Romanos*), según POLYBIO, v, 106, 7, 8.

(2) POLYB., v, 106, 2-4.

(3) IBID., iv, 3, 1.

(4) IBID., iv, 25, 1-5.

(5) IBID., iv, 16, 4; iv, 67, 4.

(6) IBID., vi, 6, 11, 12; iv, 79, 3.

(7) IBID., iv, 62, 2-4.